LA LUCHA CONTRA EL CORONAVIRUS ES TAMBIÉN LA CLIMÁTICA

A las preguntas de qué haremos al acabar la cuarentena, qué pasará con nuestro trabajo o cómo será el mundo tras la crisis, se suma otro gran interrogante: cómo afectará el coronavirus a la lucha contra el cambio climático.

Hace unos años, Google lanzó su herramienta de análisis Google Trends, que permite saber cuáles son las palabras más buscadas en los últimos meses o semanas, otorgándole a cada término un valor entre cero y cien. Hasta mediados de enero de este año, coronavirus se encontraba por debajo de uno. Hoy, ya alcanzó el cien. No es de extrañar: la pandemia ha resquebrajado los cimientos del Estado del Bienestar y ha precipitado la puesta en marcha de un paquete de medidas económicas urgentes para intentar paliar las consecuencias de una crisis que ya está afectando a los más vulnerables.

La relación entre coronavirus y cambio climático tiene implicaciones complejas que van mucho más allá del razonamiento lógico que dicta que, con la producción y el transporte también en cuarentena, las emisiones de gases de efecto invernadero se reducen.

Biodiversidad, un escudo roto.

En unos días en los que estamos constantemente pendientes de las redes sociales, en medio del mar de información sobre el coronavirus, se han filtrado mensajes positivos que demuestran que, dentro del caos, la naturaleza respira: hemos visto cómo el miedo salva a los animales salvajes del tráfico ilegal y cómo los canales de Venecia, vacíos de turistas, han recuperado unas aguas transparentes a las que ya han vuelto los peces y hasta los delfines, dicen.

Esa naturaleza parece abrirse camino al desacelerar las actividades económicas, dándonos algunas pistas del porqué de esta crisis sanitaria. Hace poco más de una década, los científicos alertaron de que la pérdida de biodiversidad sería un catalizador para la expansión mundial de virus y enfermedades infecciosas, ya que la variedad de animales y plantas actuaba como un escudo protector.

Según las investigaciones de expertos de universidades de Princeton y Cornell y del BardCollege (Nueva York), las especies más proclives a desaparecer son precisamente aquellas que amortiguan las enfermedades infecciosas. «Si se protege la biodiversidad, se puede reducir la incidencia de gérmenes patógenos establecidos», concluían los investigadores en un artículo publicado en la revista Nature en 2010. Hoy, según el primer informe sobre la situación de la biodiversidad global elaborado por la Plataforma Intergubernamental sobre Biodiversidad y Servicios de los Ecosistemas (IPBES), estamos en camino de perder una de cada ocho especies que habitan el planeta. Y el cambio climático que altera sus condiciones de vida es una de las principales razones.

“Conviene que entendamos bien la relación que hay entre cambio climático y coronavirus”. El biólogo Fernando Valladares en su último artículo en eldiario.es, recuerda la estrecha relación entre ambos:

“No solo la biodiversidad nos protege de los virus. Los ecosistemas estables y funcionales lo hacen en general y de múltiples formas. Pero la función protectora de los ecosistemas se está debilitando con el cambio climático”. Proteger la biodiversidad en el mundo que se configure tras la pandemia será clave para evitar que la situación se repita en un futuro aún incierto. Es necesario repensar el modelo económico en clave de sostenibilidad.

Sin tráfico (ni industria) no hay emisiones.

Como era de esperar, la suspensión de la producción y transporte y las medidas restrictivas a las que ha forzado la crisis del coronavirus han mejorado la calidad del aire y han disminuido la contaminación.

Las cifras ratifican una tendencia ya registrada en la mayor parte de los países afectados por la pandemia. Hace unas semanas, la NASA daba a conocer unas imágenes en las que se mostraba la caída de los niveles de NO2 en la región china de Wuhan y en las principales áreas económicas del país cuando entraron en vigor las férreas restricciones del Gobierno chino para frenar la expansión del coronavirus. Los datos del Instrumento de Vigilancia del Ozono (OMI) del satélite Aura de la NASA corroboraban así las medicionesrecogidas por el Instrumento de Monitoreo Troposférico (TROPOMI) en el Satélite Sentinel-5 de la ESA. Desde la NASA confirman que la caída de las emisiones de manera tan acusada no es habitual y podría ser solo comparable a la que se produjo tras la recesión económica de 2008.

Algo que, pese a ser objetivamente bueno para frenar el calentamiento global y cumplir los compromisos de limitar la subida de temperatura del planeta, es el peor de los augurios para los que sufrirán las consecuencias de una crisis que muchos vaticinan peor que la de entonces, sobre un músculo financiero que aún no estabarecuperado tras ella. Detrás de los titulares que intentan ver el lado menos malo de una pandemia que se ha cobrado miles de vidas se esconde un análisis más profundo que, probablemente, necesite años para poder verse en perspectiva. La crisis sanitaria que vivimos y a la que hay que hacer frente con urgencia se entrecruza con una crisis ambiental de la que, afortunadamente, estamos cada vez más concienciados. Aunque la situación también deja paradojas caprichosas para quien está preocupado por ambas.

Por ejemplo, en España tras el invierno máscálido del siglo XXI, la AEMET ha anunciado que existe una gran probabilidad de que tengamos una primavera más calurosa de lo normal. Las predicciones auguran que la temperatura media trimestral podría estar, al menos, medio grado por encima de lo normal. Se trata de una noticia preocupante para el planeta que, sin embargo, podría ayudar a combatir la pandemia – aunque el debate sobre ello está abierto, se espera que la incidencia del virus se minimice con el tiempo cálido–. Con un último factor en forma de crisis económica llamando a la puerta, la moderada alegría por la caída de las emisiones deja poco margen para quienes estos días afirman que, para la Tierra, el ser humano es el problema. La sustentabilidad siempre tiene tres patas: lo social, lo económico y lo ambiental. Por tanto, si se elimina la parte humana, la parte social, no podemos hablar de sustentabilidad. Y con 25 millones de empleos en el aire –según cálculos de la OIT–, unas pérdidas económicas difícilmente calculables, miles de fallecidos y una tensión social creciente, reducir la crisis del coronavirus al bienestar del planeta por la caída de emisiones vuelve a dejar desprotegidos a quienes ya estaban en riesgo de quedarse atrás también en la lucha climática: los más vulnerables.

El futuro de la transición justa.

Poco después de una COP25 que dejó más dudas que certezas, Europa anunciaba un gran Pacto Verde para reconciliar la economía con el planeta y caminar hacia un futuro más inclusivo, justo y mejor. Hace unas semanas, se materializaba en la presentación del primer borrador de la Ley Climática Europea, que pone el foco en conseguir un continente climáticamente neutro para 2050.

Lograrlo y hacerlo de forma que nadie se quede atrás redel presupuesto de la UE se destine a la acción por el clima. Los mecanismos de transición justa también estaban previstos en la estrategia verde del Gobierno, que había anunciado un inminente empujón a la Ley de Cambio Climático – y que también ha quedado en el aire por el estado de alarma–. En el transcurrir de esta década, la preocupación por el medio ambiente ha sido una de las mayores conquistas y, hoy, el calentamiento global es la mayor preocupación para el 67% de la población, según los resultados del último informe del Centro de Investigaciones Pew (PewResearch Center, PRC), que consultó a casi 30.000 personas en 26 países. La pregunta que nos queda es por qué el coronavirus ha logrado despertar la conciencia global mucho más rápido que el cambio climático, cuando este último es un problema que se cobra, según las cifras de la OMS, más de cuatro millones de vidas al año, es otra de las cuestiones que se han puesto estos días sobre la mesa de debate. Si el primero ha logrado en pocas semanas una extensión generalizada en cuanto a cambio de hábitos, consenso político y aceptación más o menos extendida de medidas extraordinarias como la presencia del ejército en la calle o las órdenes de permanecer en casa, la segunda parece que todavía tiene que justificar entre algunos sectores la importancia de cambiar nuestros hábitos de consumo, de reciclar o de reducir el consumo de carne para garantizar la sostenibilidad del planeta. Los seres humanos estamos menos dispuestos a modificar nuestro comportamiento cuanto más lejos nos parezcan las consecuencias de no hacerlo, desde el punto de vista del tiempo o del espacio. Indudablemente nada será igual después de esta pandemia.

Fuente: Esta nota es extracto de un informe realizado por Guadalupe Bécares para la en ethic.es en marzo de este año(REVISTA CLIMA).